

DEGAS

Austen

GBH

GOLDEN BOOK HOTELS

2017

BÖLL

LUBITSCH

Borrromini



Quien ha tenido el placer de vivir unas vacaciones en la agradable compañía de un buen libro, conoce la maravillosa magia de perderse entre los confines de la experiencia vivida en primera persona y aquélla que imaginamos gracias a la lectura.

Recordar las vacaciones, en estos casos, quiere decir automáticamente, trasladar la mente al libro que le ha dado un alma. De hecho, una lectura fascinante llena de sabiduría nos hace más sensibles, reflexivos y dispuestos a saborear hasta el fondo cada detalle de nuestra permanencia fuera de casa: el viaje, de este modo, se transforma en un viaje interior.

Golden Book Hotels agrupa un seleccionado grupo de haciendas turísticas que han decidido ligar su imagen al gesto elegante de regalar un libro a sus propios huéspedes. Se trata de hoteles y casas rurales que comparten el principio del Turismo como Cultura; cuyo trato peculiar es expresión de su sentido de hospitalidad.

www.goldenbookhotels.it



Facebook



Twitter



Pinterest

2017

Austen

1817

de Lady Susan ~ 5

Borromini

1667

BAUDELAIRE

1867

de Las flores del mal ~ 25

1892

LUBITSCH

DEGAS

1917

1867

Toscanini

1917

BÖLL

La balanza de los Balek ~ 55

JANE AUSTEN

Steventon, 1775 - Winchester, 1817

Nació en la rectoría de Steventon (Hampshire). Su familia pertenecía a la burguesía agraria. Su padre, un pastor anglicano, era rector de la parroquia de Steventon. Fue la séptima hija de una familia de ocho hermanos, su padre se encargó personalmente de su educación. En 1801, los Austen se trasladaron a Bath y, tras la muerte del padre de la familia, en 1805, primero a Southampton y luego a Chawton, un pueblo de Hampshire, donde la escritora redactó la mayoría de sus novelas. Jane Austen tuvo una vida sin grandes acontecimientos, apenas sin nada que turbara la placidez de una existencia pequeño burguesa y provinciana; sólo muy de tarde en tarde realizaba algún que otro viaje a Londres. No llegó a contraer matrimonio.

Jane Austen es una de las grandes novelistas de la historia. De prosa elegante, fluida y con cierto tono sarcástico, aborda con detalle, humor, capacidad de observación y penetración psicológica diferentes retratos costumbristas en torno a conflictos románticos diseñados con perspectiva femenina, inteligencia e ironía. Su primera novela publicada fue **Sentido y Sensibilidad** (1811). Más tarde editó su obra más popular y la primera en ser escrita (aunque no publicada) por Jane, **Orgullo y Prejuicio** (1813). Otros títulos de su bibliografía son *El Parque Mansfield* (1814) o *Emma* (1815). Jane Austen falleció a causa de la enfermedad de Addison (hipofunción de las glándulas adrenales) en Winchester el 18 de julio de 1817. Tenía solamente 41 años. Está enterrada en la catedral de Winchester.

de Lady Susan

(1794)

CARTA 30

Lady Susan al señor De Courcy

Calle Seymour.

He recibido tu carta y, aunque no intentaré disimular que me complace en extremo tu impaciencia para encontrarte conmigo, siento la necesidad de posponer esa cita. No me juzgues cruel por ejercer un poder así, ni me acuses de inestabilidad sin primero escuchar mis razones. En el curso de mi viaje desde Churchill, tuve tiempo para reflexionar sobre el estado actual de nuestras relaciones y, cada vez que lo he meditado, me he convencido de que requieren un tacto y una precaución en la conducta que hasta ahora hemos desdeñado. Nos hemos visto apresurados por nuestros sentimientos hasta un grado de precipitación que muy mal se aviene con las opiniones de nuestros amigos y las del resto del mundo. No hemos tomado cautela alguna al concretar este compromiso apremiado, pero no debemos culminar nuestra imprudencia ratificándolo

cuando hay muchas razones para temer que la unión recibirá la oposición de los amigos de los que dependes. No podemos culpar a tu padre de sus expectativas para que consigas un matrimonio ventajoso. Siendo las posesiones de tu familia tan extensas, el deseo de incrementarlas, si no es estrictamente razonable, es habitual. Y es normal que nuestra situación le provoque cierta sorpresa y rencor. Tiene el derecho de exigir a una mujer con fortuna por nuera y, a veces, me riño a mí misma por hacerte sufrir con una unión tan imprudente. Sin embargo, la voz de la razón es a menudo escuchada demasiado tarde por aquellos que sienten lo que yo. Sólo hace ahora unos meses que enviudé y, por poco que me deba a la memoria de mi marido y a la felicidad que me proporcionó durante nuestro matrimonio, no puedo olvidarme de lo poco correcto que resultaría un segundo matrimonio tan pronto: me granjearía la censura del mundo y causaría, lo que aún sería más insoportable, un gran disgusto al señor Vernon. Con el tiempo, tal vez me sienta más fuerte para enfrentarme a la injusticia de las críticas en general, pero, no estoy, como bien sabes, preparada para resistir la pérdida de su estima. Y si a esto añadimos la conciencia de haber herido a tu familia, ¿cómo voy a sobrellevarlo? Con sentimientos tan delicados como los Lady Susan Jane Austen 3636 míos, la certeza de haber separado a un hijo de sus padres, me convertiría, incluso estando contigo, en el ser más desgraciado. Por tanto, es aconsejable posponer nuestra unión, posponerla hasta que el momento sea más prometedor, hasta que la situación cobre un giro más favorable. Para colaborar a ello, creo que la ausencia será necesaria. No debemos vernos. Cruel como

pueda parecer esta frase, la necesidad de pronunciarla, que sólo es atribuible a mi causa, te resultará evidente cuando hayas reflexionado sobre nuestra situación, en el contexto en que yo me he visto imperiosamente obligada a formularla. Puedes y debes estar seguro de que nada, sino la más estricta convicción del deber, me podría inducir a herir mis propios sentimientos solicitándote una separación prolongada. De insensibilidad hacia los tuyos, no debes tampoco acusarme. Una vez más, digo pues que no deberíamos, que no debemos, vernos. Manteniéndonos separados unos meses, apaciguaremos los temores fraternales de la señora Vernon, quien, acostumbrada ella misma a disfrutar de las riquezas, considera que son imprescindibles para todo el mundo. Su sensibilidad no es de naturaleza tal que pueda comprender la nuestra. Escribe pronto, muy pronto. Dime que accedes a mis razones y no me reproches haberlas formulado. No soporto los reproches. Mi ánimo no es tan alto como para admitir reprimendas. Me esforzaré por distraerme en la ciudad. Por fortuna, muchos de mis amigos se encuentran en Londres, entre ellos los Manwaring. Ya sabes cuan cordialmente aprecio ese matrimonio. Con mi afecto constante,

S. Vernon

CARTA 31

Lady Susan a la señora Johnson

Calle Seymour.

Querida amiga: Reginald, esa criatura de mis tormentos, está aquí. Mi carta, que pretendía mantenerle más tiempo

JANE AUSTEN



en el campo, ha hecho que se apresurara a venir a la ciudad. Por mucho que deseara que estuviera lejos, no puedo evitar sentir un gran placer por una demostración de afecto así. Se ha entregado a mí, en cuerpo y alma. Te entregará esta nota él mismo y debe servir de presentación, ya que desea conocerte. Permite que pase la tarde contigo, para que no haya peligro de que vuelva conmigo. Le he dicho que no me encuentre del todo bien y que quiero estar sola. Si vuelve a visitarme, podría dar lugar a confusiones. No se puede confiar en los criados. Haz que permanezca, te lo ruego, en la calle Edward. Verás que no es una compañía pesada y te permito que coquetees con él cuanto quieras. Al mismo tiempo, no olvides cuál es mi interés real. Di todo lo que puedas para convencerle de que me hará muy desgraciada si se queda aquí. Ya conoces mis argumentos: no es lo adecuado, etcétera. Trataría de convencerlo yo misma, pero estoy impaciente por librarme de él, puesto que Manwaring llegará dentro de media hora. Me despido.

S. Vernon

CARTA 32

La señora Johnson a Lady Susan

Calle Edward.

Querida criatura: Estoy desesperada y no sé qué hacer, ni que puedes hacer tú. El señor De Courcy llegó justo cuando no debía. La señora Manwaring acababa de entrar en ese instante en la casa y se abrió paso hasta el señor Johnson, aunque no supe nada de ello hasta más tarde, puesto que yo estaba fuera cuando ella y Reginald

vinieron. En caso contrario, le habría despachado a él. Ella estaba encerrada con el señor Johnson, mientras él me esperaba en el estudio. Ella llegó ayer, después de su marido, aunque eso tal vez ya lo sepas por él. Llegó a esta casa para rogarle a mi marido que interviniera y, antes de que yo tuviera noticia alguna, todo lo que pudieras haber deseado que no supiera, lo supo y desgraciadamente ella había conseguido sonsacarle al criado de Manwaring que te había visitado cada día desde que tú llegaste a la ciudad y que ella misma le había visto delante de tu puerta. ¿Qué podía hacer? ¡Los hechos son una cosa tan espantosa! A estas alturas, el señor De Courcyse ha enterado de todo y está a solas con el señor Johnson. No me acuses a mí; era imposible evitarlo. El señor Johnson sospechaba, desde hacía algún tiempo, que De Courcy tenía la intención de casarse contigo y ha querido hablar con él en privado en cuanto ha sabido que se encontraba en la casa. Esa detestable señora Manwaring, que para tu consuelo debes saber que está más flaca y más fea que nunca, sigue aquí y se han encerrado los tres juntos. ¿Qué se puede hacer? En cualquier caso, él atormentará a su esposa más que antes. Con ansiedad, me despido. Cordialmente,

Alicia

CARTA 33

Lady Susan a la señora Johnson

Calle Seymour.

Este éclaircissement es de lo más fastidioso. ¡Qué mala suerte que no estuvieras en casa! Creía que estarías, siendo

las siete de la tarde. No desfallezco, sin embargo. No te atormentes por mí. Cuenta con ello, puedo hacer que mi historia sea verosímil para Reginald. Manwaring acaba de irse. Me ha contado la llegada de su mujer. ¡Qué mujer más tonta! ¿Qué espera sacar de estas maniobras? Aún así, ojalá se hubiera quedado tranquilamente en Langford. Reginald se mostrará un poco irascible al principio, pero mañana, a la hora de cenar, todo se habrá arreglado. Me despido.

S.V.

CARTA 34

El señor De Courcy a Lady Susan

Hotel.

Sólo escribo para despedirme. El encanto se ha roto. Ahora, la veo como es. Desde que nos despedimos ayer, una autoridad incuestionable me ha relatado una historia sobre usted que me ha convencido definitiva y dolorosamente de que he sido objeto de abuso por su parte y de la absoluta necesidad de una separación inmediata y eterna. No creo que le quepa duda sobre a qué merefiero. Langford. Langford, esa palabra es suficiente. He recibido esas informaciones en casa del señor Johnson, de boca de la misma Manwaring. Sabe lo mucho que la he amado y puede juzgar mis sentimientos presentes, pero no soy tan débil como para caer en la indulgencia de describírselos a una mujer que se vanagloriará de haber provocado mis angustias sin haber permitido que ganaran su afecto.

R. De Courcy

JANE AUSTEN



CARTA 35

Lady Susan al señor De Courcy

Calle Seymour.

No intentaré describir el asombro que me ha causado la nota que acabo de recibir de ti. Estoy perpleja y me esfuerzo para llegar a una conjetura racional de qué te puede haber contado la señora Manwaring para causar un cambio tan radical en tus sentimientos. ¿No te he explicado todo lo que podría atribuirse a un comportamiento dudoso por mi parte y que la predisposición malvada del mundo ha interpretado en mi contra? ¿Qué puedes haber oído ahora para cuestionar el aprecio que sientes por mí? ¿Alguna vez te he ocultado algo? Reginald, me alteras más de lo que las palabras pueden expresar. No puedo creer que la vieja historia de los celos de la señora Manwaring pueda haber reaparecido, ni tan sólo escuchada otra vez. Ven a verme inmediatamente y te explicaré lo que ahora te parece absolutamente incomprensible. Créeme, la palabra Langford por sí sola no encierra un contenido tan inteligente como para hacer inútil una explicación. Si vamos a separarnos, sería como mínimo educado por tu parte que te despidieras personalmente. No está mi corazón para bromas. Lo digo muy en serio. Perder tu estima, aunque sólo sea durante una hora, es una humillación a la que no sé cómo enfrentarme. Voy a contar los minutos que tardes en venir.

S.V.

CARTA 36

El señor De Courcy a Lady Susan

Hotel.

¿Por qué me escribe? ¿Por qué me pide detalles? Pero ya que así lo quiere, me veo en la obligación de afirmar que los relatos sobre su comportamiento maligno, mientras vivía su marido y después de su muerte, que habían llegado hasta mí, y que yo creí por completo antes de conocerla, ¡pero que usted, ejerciendo sus habilidades perversas, había conseguido que yo desacreditara!, han sido demostrados como ciertos de manera incontestable. Más aún, me aseguran que una relación, que yo ni siquiera había imaginado, existe desde hace algún tiempo y aún no ha cesado, entre usted y el hombre a cuya familia ha robado la paz a cambio de la hospitalidad que se le ofreció. Que ha mantenido correspondencia con él, desde que se fue de Langford (no con su mujer, sino con él) y que ahora le visita cada día. ¿Puede, se atreve a negarlo? ¡Y todo esto, mientras yo era el pretendiente alentado y aceptado! ¡De qué me he escapado! No puedo más que sentirme agradecido. Nada más lejos de mi intención que todo sean quejas y suspiros de lamento. Mi arrojo me ha puesto en peligro y mi salvación se la debo a la amabilidad e integridad de otros. La desgraciada señora Manwaring, cuyas agonías mientras relataba estos sucesos parecían amenazar su juicio... ¿Cómo se la puede consolar ella? Después de manifestaciones como ésta, no creo que pueda fingir más estupor por los motivos

DE LADY SUSAN

de mi despedida. He recobrado eljuicio y me dice que debo aborrecer las artimañas a que me han sometido, tanto como despreciarme a mí mismo, por la debilidad en que ellas basaron su poder.

R. De Courcy

CARTA 37

Lady Susan al señor De Courcy

Calle Seymour.

Me doy por satisfecha y no te molestaré más, después de haber enviado estas líneas. El compromiso que deseabas hace una quincena ya no es compatible con tus opiniones y me alegra ver que el prudente consejo de tus padres no ha sido en vano. No dudo que este acto de obediencia filial te devolverá rápidamente la paz y trato de animarme con la esperanza de sobrevivir a mi parte de desilusión.

S.V.



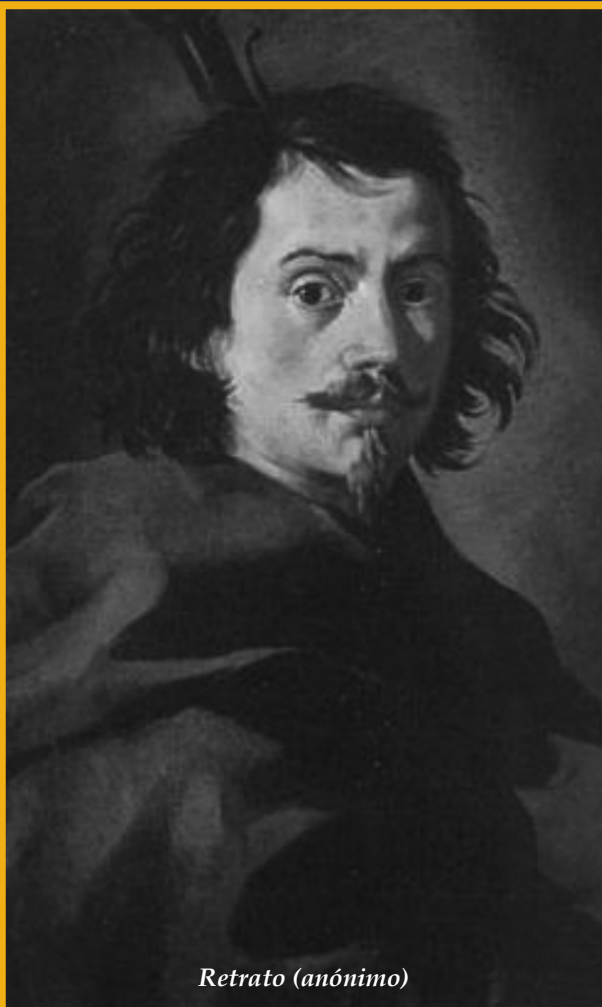
FRANCESCO BORROMINI

Bissone, 1599 - Roma, 1667

*Arquitecto italiano. Nació el 25 de septiembre de 1599 en Bissone. Su auténtico apellido era Castelli, que cambió luego por el de su madre, Borromini. Hijo de un cantero, continuó con el oficio y participó en la construcción de la basílica de San Pedro, bajo la dirección de Carlo Maderno que le nombró supervisor de sus obras en el Vaticano y en el Palacio Barberini. Su vida se encuentra marcada por el constante conflicto con **Bernini**, al cual asiste hasta 1633, realizando sus grandes obras desde esta fecha hasta su muerte. Su primer encargo como arquitecto fue la iglesia de San Carlo alle Quattro Fontane (1638-1641; fachada concluida en 1667). Construyó Sant'Ivo della Sapienza entre 1642 y 1660. Otras de sus obras fueron la nueva fachada de Sant'Agnese (1653-1666) en la Plaza Nabona y la remodelación de la basílica paleocristiana de San Juan de Letrán (1647-1650). Su último trabajo es la fachada de San Carlo alle Quattro Fontane, dejada inacabada a su muerte y finalizada por su sobrino.*

Su arquitectura fue considerada despectivamente por sus contemporáneos como gótica, de mal gusto y falta de respeto al lenguaje canónico de los ordenes. Hombre de carácter difícil, mantuvo relaciones muy tensas con sus patrocinadores y estuvo siempre enfrentado a Bernini, más por diferencias de temperamento y cultura que por particulares lances biográficos. Sus principales valedores fueron el Papado y las órdenes religiosas, que apreciaron su arquitectura más orientada a los sentimientos que a la razón. Francesco Borromini se suicidó el 2 de agosto de 1667 en Roma.

Borromini



Retrato (anónimo)

Borromini



Escalera elíptica, Palacio Barberini >>

(1629-33 ~ ROMA, ITALIA)

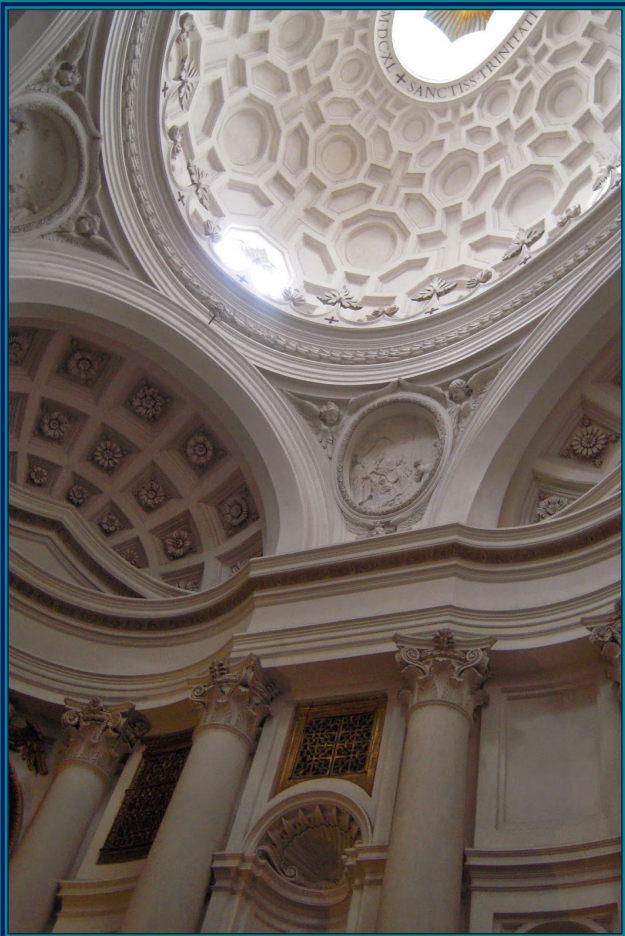
Borromini



Trampantojo, Palacio Spada >>

(1652-53 ~ ROMA, ITALIA)

Borromini



San Carlo alle Quattro Fontane >>

(1634-44 ~ ROMA, ITALIA)

Borromini



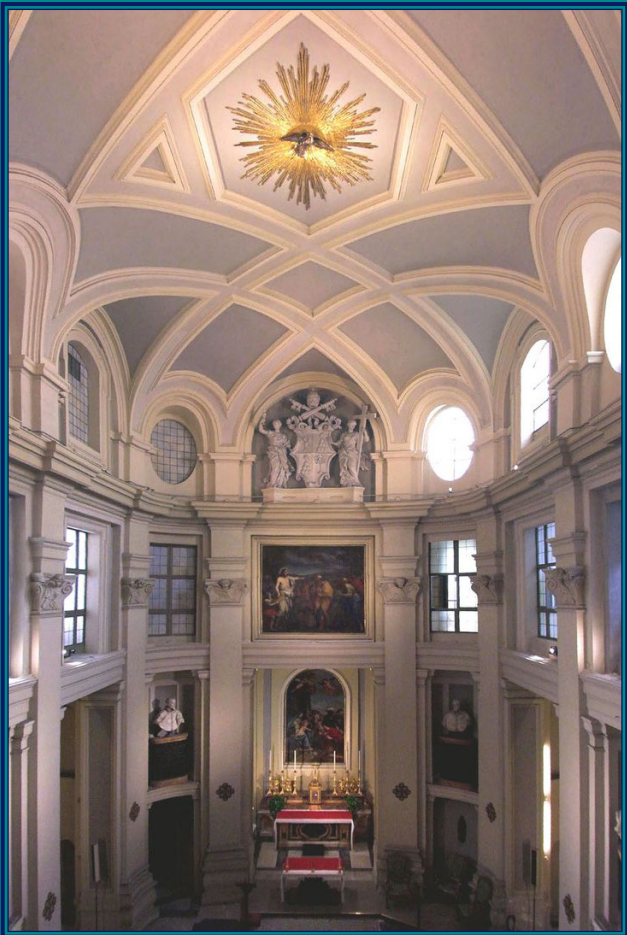
Sant'Ivo alla Sapienza >>
(1642-60 ~ ROMA, ITALIA)

Borromini



Santa Inés en Agonía >>
(1653-57 ~ ROMA, ITALIA)

Borromini



Capilla de los Tres Reyes Magos >>
(1662-64 ~ ROMA, ITALIA)

CHARLES BAUDELAIRE

París, 1821 - 1867

Nació el 9 de abril de 1821. Su padre murió cuando él tenía sólo 6 años y su madre volvió a casarse con el coronel Aupick, un hombre al que Baudelaire odiaba. Cursó estudios en el Collège Louis-le-Grand del que fue expulsado. Los constantes escándalos del poeta hacen que su padrastro lo envíe a la India en 1841: sólo llegaría hasta la isla Mauricio y regresó a París en 1842. Comenzó escribiendo críticas en la prensa nacional para ganarse la vida. Su primer éxito fue en 1848, cuando aparecieron sus traducciones del escritor estadounidense Edgar Allan Poe. En 1842 heredó la fortuna de su padre biológico, lo que le permitió disfrutar de una vida de lujo. Las grandes sumas de dinero que gastó en su apartamento del Hôtel Lauzun y su estilo de vida decadente le dieron fama de excéntrico, e inmoral y le endeudaron para el resto de su vida.

*La obra más destacada del poeta que revolucionó las bases y los resultados de la poesía francesa moderna fue una recopilación de poemas que lleva por título **Las flores del mal**, aparece en 1857 e inmediatamente después de su publicación, fue acusado por el gobierno francés de atentar contra la moral pública. Fue multado y seis de los poemas contenidos en este libro fueron eliminados en las ediciones posteriores. Su siguiente obra, Los paraísos artificiales, está basada en sus propias experiencias. A partir de 1864 y hasta 1866, reside en Bélgica. Sufre una parálisis acompañada de una fuerte afasia. Su madre hace que le lleven de nuevo a París. El patriarca de los poetas malditos fallece el 31 de agosto de 1867, tras una larga y dolorosa agonía y de haber perdido el habla.*

de Las flores del mal

(1857)



Autorretrato

CORRESPONDENCIAS

*La Natura es un templo donde vividos pilares
Dejan, a veces, brotar confusas palabras;
El hombre pasa a través de bosques de símbolos
que lo observan con miradas familiares.*

*Como prolongados ecos que de lejos se confunden
En una tenebrosa y profunda unidad,
Vasta como la noche y como la claridad,
Los perfumes, los colores y los sonidos se responden.*

*Hay perfumes frescos como carnes de niños,
Suaves cual los oboes, verdes como las praderas,
Y otros, corrompidos, ricos y triunfantes,*

*Que tienen la expansión de cosas infinitas,
Como el ámbar, el almizcle, el benjuí y el incienso,
Que cantan los transportes del espíritu y de los sentidos.*



EL ENEMIGO

*Mi juventud no fue sino una tenebrosa borrasca,
Atravesada aquí y allá por brillantes soles;
El trueno y la lluvia han hecho tal desastre,
Que restan en mi jardín muy pocos frutos bermejos.*

*He aquí que he llegado al otoño de las ideas,
Y que es preciso emplear la pala y los rastrillos
Para acomodar de nuevo las tierras inundadas,
Donde el agua horada hoyos grandes como tumbas.*

*Y ¿quién sabe si las flores nuevas con que sueño
Encontrarán en este suelo lavado como una playa
El místico alimento que haría su vigor?*

*– ¡Oh, dolor! ¡Oh, dolor! ¡El Tiempo devora la vida,
Y el oscuro Enemigo que nos roe el corazón
Con la sangre que perdemos crece y se fortifica!*



LA VIDA ANTERIOR

*Yo he vivido largo tiempo bajo amplios pórticos
Que los soles marinos teñían con mil fuegos,
Y que sus grandes pilares, erectos y majestuosos,
Hacían que en la noche, parecieran grutas basálticas.*

*Las olas, arrollando las imágenes de los cielos,
Mezclaban de manera solemne y mística
Los omnipotentes acordes de su rica música
A los colores del poniente reflejados por mis ojos.*

*Fue allí donde viví durante las voluptuosas calmas,
En medio del azur, de las ondas, de los esplendores
Y de los esclavos desnudos, impregnados de olores,*

*Que me refrescaban la frente con las palmas,
Y cuyo único afán era profundizar
El secreto doloroso que me hacía languidecer.*



PERFUME EXÓTICO

*Cuando, los dos ojos cerrados, en una cálida tarde otoñal,
Yo aspiro el aroma de tu seno ardiente,
Veo deslizarse riberas dichosas
Que deslumbran los rayos de un sol monótono;*

*Una isla perezosa en que la naturaleza da
Árboles singulares y frutos sabrosos;
Hombres cuyo cuerpo es delgado y vigoroso
Y mujeres cuya mirada por su franqueza sorprende.*

*Guiado por tu perfume hacia deleitosos climas,
Yo diviso un puerto lleno de velas y mástiles
Todavía fatigados por la onda marina,*

*Mientras el perfume de los verdes tamarindos,
Que circula en el aire y satura mi olfato,
Se mezcla en mi alma con el canto de los marineros.*



EL GATO

Ven, mi hermoso gato, cabe mi corazón amoroso;

*Retén las garras de tu pata,
Y déjame sumergir en tus bellos ojos,
Mezclados de metal y de ágata.*

Cuando mis dedos acarician complacidos

*Tu cabeza y tu lomo elástico,
Y mi mano se embriaga con el placer
De palpar tu cuerpo eléctrico,*

*Veo a mi mujer en espíritu. Su mirada,
como la tuya, amable bestia,
Profunda y fría, corta e hiende como un dardo,*

*Y, de los pies hasta la cabeza,
Un aire sutil, un peligroso perfume,
Flotan alrededor de su cuerpo moreno.*



A UNA DAMA CRIOLLA

*En el país perfumado que el sol acaricia,
Yo he conocido, bajo un dosel de árboles empurpurados
Y palmeras de las que llueve sobre los ojos la pereza,
A una dama criolla de encantos ignorados.*

*Su tez es pálida; la morena encantadora
Tiene en el cuello un noble amaneramiento;
Alta y esbelta, al marchar como una cazadora,
Su sonrisa es tranquila y sus ojos arrogantes.*

*Si fueras, Señora, al verdadero país de la gloria,
Sobre las riberas del Sena o del verde Loire,
Beldad digna de ornar las antiguas moradas,*

*Harías, en el recogimiento umbríos refugios,
Germinar mil sonetos en los corazones de los poetas
Que tus grandes ojos someterían más esclavos que tus negros.*



CHARLES BAUDELAIRE



BAUDELAIRE

TRISTEZAS DE LA LUNA

*Esta noche, la luna sueña con más pereza;
Tal como una beldad, sobre numerosos cojines,
Que con mano distraída y leve acaricia
Antes de dormirse, el contorno de sus senos,
Sobre el dorso satinado de las muelles eminencias,
Desfalleciente, ella se entrega a largos espasmos,
Y pasea sus miradas sobre las imágenes blancas
Que trepan hasta el azur como floraciones.*

*Cuando, a veces, sobre este globo, en su languidez ociosa,
Ella deja escapar una lágrima furtiva,
Un poeta piadoso, enemigo del sueño,*

*En la cavidad de su mano coge esta lágrima pálida,
Con reflejos irisados, como un fragmento de ópalo,
Y la coloca en su corazón lejos de las miradas del sol.*



LOS BUHOS

*Bajo los techos negros que los abrigan,
Los búhos se mantienen alineados,
Como dioses extraños,
Clavando su mirada roja. Meditan.*

*Sin moverse se mantendrán
Hasta la hora melancólica
En que, empujando el sol oblicuo,
Las tinieblas se establezcan.*

*Su actitud, por sabia, enseña
Que es preciso en este mundo que tema
El tumulto y el movimiento;*

*El hombre embriagado por la sombra que pasa
Lleva siempre el castigo
De haber querido cambiar de sitio.*



LA CAMPANA RAJADA

*Es amargo y dulce, durante las noches de invierno,
Escuchar, cabe, el fuego que palpita y humea,
Los recuerdos lejanos lentamente elevarse
Al ruido de los carrillones que cantan en la bruma.*

*Bienaventurada la campana de garganta vigorosa
Que, malgrado su vejez, alerta y saludable,
Arroja fielmente su grito religioso,
¡Tal como un veterano velando bajo la tienda!*

*Yo, tengo el alma rajada, y cuando en su tedio
Ella quiere de sus canciones poblar el frío de las noches,
Ocurre con frecuencia que su voz debilitada*

*Parece el rudo estertor de un herido olvidado
Al borde de un lago de sangre, bajo un montón de muertos,
Y que muere, sin moverse, entre inmensos esfuerzos.*



SPLEEN

*Pluvioso, irritado contra la ciudad entera,
De su urna, en grandes oleadas vierte un frío tenebroso
Sobre los pálidos habitantes del vecino cementerio
Y la mortandad sobre los arrabales brumosos.*

*Mi gato sobre el ladrillo buscando una litera
Agita sin reposo su cuerpo flaco y sarnoso;
El alma de un viejo poeta vaga en la gotera
Con la triste voz de un fantasma friolento.*

*El bordón se lamenta, y el leño ahumado
Acompaña en falsete al péndulo acatarrado,
Mientras que en un mazo de naipes lleno de sucios olores,*

*Herencia fatal de una vieja hidrópica,
El hermoso valet de coeur y la dama de pique
Charlan siniestramente de sus amores difuntos.*



A UNA TRANSEÚNTE

*La calle, aturdida, aullaba a mi alrededor.
Alta, delgada, de luto ,con dolor majestuoso,
Pasó una mujer a mi lado, con mano fastuosa
Alzaba y mecía lo mismo festón que dobladillo;*

*Ágil y noble pasó, con piernas de estatua.
Mi alma no cesaba de beber de sus pupilas,
Cielo lívido con gérmenes tormentosos,
La dulzura que fascina y el placer que mata.*

*Un relámpago... ¡Y ya la noche! – Belleza fugitiva,
Mirada que me hizo renacer,
¿Es que no te veré más sino en la eternidad?*

*Desde ya, ¡lejos de aquí! ¡Demasiado tarde! ¡Quizás nunca!
Ignoro de donde vienes, y no sabes a donde voy,
¡Oh, tú!, a quien hubiese amado, ¡oh, tú que lo supiste!*



EL VINO DEL SOLITARIO

*La mirada singular de una mujer galante
Que se desliza hacia nosotros como el rayo blanco
Que la luna ondulante envía al lago tembloroso,
Cuando en él quiere bañar su belleza indolente;*

*El último escudo de la talega en los dedos de un jugador;
Un beso libertino de la flaca Adelina;
Los sones de una música enervante y mimosa,
Semejante al grito lejano del humano dolor,*

*Todo eso no vale nada, ¡oh! botella profunda,
Los bálsamos penetrantes que tu panza fecunda
Guarda, piadosa para el corazón sediento del poeta;*

*¡Tu le viertes la esperanza, la juventud y la vida,
– Y el orgullo, este tesoro de toda miseria,
Que nos vuelve triunfantes y semejantes a los dioses.*



LA FUENTE DE SANGRE

*Me parece a veces que mi sangre corre a raudales,
Cual una fuente con rítmicos sollozos.
La escucho bien que corre con un prolongado murmullo,
Pero, me palpo en vano para encontrar la herida.*

*A través de la ciudad, como en un campo cercado,
Se marcha, transformando los adoquines en islotes,
Saciando la sed de cada criatura,
Y en todas partes colorando de rojo la natura.*

*He implorado frecuentemente a los vinos capitosos
Adormecieran sólo un día el terror que me consume;
¡Qué el vino hace ver más claro y afina más el oído!*

*He buscado en el amor un sueño olvidadizo;
Mas el amor no es para mí sino un colchón de agujas
¡Hecho para dar de beber a esas crueles mujeres!*



LA MUERTE DE LOS ARTISTAS

*¿Cuántas veces tendré que sacudir mis cascabeles
Y besar tu frente ruin, triste caricatura?
Para acertar en el blanco, de mística natura,
¿Cuántos? ¡Oh carcaj mío! ¿Cuántos venablos perderé?*

*¡Consumiremos nuestra alma en sutiles complots,
Y derribaremos más de una pesada armadura,
Antes de contemplar la gran Criatura
De la cual el informal deseo nos llena de sollozos!*

*Los hay que jamás han conocido su ídolo,
Y estos escultores condenados y señalados por una afrenta,
Que van martillándose el pecho y la frente,*

*No tienen más que una esperanza ¡extraño y sombrío Capitolio!
Y es que la Muerte cerniéndose como un nuevo sol
¡Hará desplegarse a las flores de su cerebro!*





125°

ERNST LUBITSCH

Berlín, 1892 - Los Ángeles, 1947

Nacido en la capital alemana, el 28 de enero de 1892, Ernst Lubitsch era hijo de un sastre judío de procedencia rusa. Desde muy joven fue un apasionado del cabaret, y de todo lo relacionado con la interpretación, hasta tal punto que a los 16 años decide dejar los estudios y probar fortuna como actor en diversos locales nocturnos de music hall. A su padre no le hizo mucha gracia, pero se lo permite a cambio de que también se ocupe de la contabilidad de la sastrería familiar. En el año 1911 se unió al teatro alemán de Max Reinhardt, en el que hizo papeles de carácter y más tarde fue protagonista en cortometrajes cómicos en 1913, y comenzó a dirigirlos un año después. Fue el primero en asimilar el estilo estadounidense, sus películas se hicieron más elaboradas, incorporando al tiempo ideas tomadas del teatro ligero de Reinhardt y de la opereta, como por ejemplo en La princesa de las ostras (1919), o El gato montés (1921). Empleó también decorados muy estilizados como en La muñeca (1919). Su película Madame Du Barry (1919) fue la primera cinta alemana distribuida en Estados Unidos después de la I Guerra Mundial. Mary Pickford lo llama a Hollywood para que la dirigiera en Rosita, la cantante callejera (1923). Warner Brothers le contrató para dirigir una serie de producciones,

LUBITSCH



como *Los peligros del flirt* (1924), que le hizo uno de los directores más admirados. Tras la llegada de los nazis al poder, Lubitsch acaba nacionalizándose estadounidense. En 1935 se une a la actriz Vivian Gaye (con la que tendrá un bebé), tras divorciarse de Helene Kraus. Entre sus mejores películas y comedias que le hicieron famoso destacan *La viuda alegre* (1934), *La octava mujer de Barba azul* (1938), *Ninotchka* (1939) que se lanzó con la frase publicitaria: “Garbo, ríe”, *El bazar de las sorpresas* (1940), la extraordinaria *Ser o no ser* (1942), una de las mejores comedias de la historia del cine, y *El diablo dijo no* (1943). Fue supervisor general de la Paramount, en tareas de producción, dando oportunidades a directores de la talla de Billy Wilder o de Otto Preminger. Ernst Lubitsch falleció el 30 de noviembre de 1947 en Hollywood de su sexto ataque al corazón. Su última película, *That Lady in Ermine* con Betty Grable, fue terminada por Otto Preminger. “Nos hemos quedado sin Lubitsch”, le dijo Billy Wilder a William Wyler en su funeral. “Peor aún, nos hemos quedado sin las películas de Lubitsch”, replicó éste. Por desgracia, tenía razón y ya no se hacen películas como las suyas. Nadie ha logrado la mitad de elegancia que él a la hora de lanzar torpedos en la línea de flotación de los diversos regímenes políticos que conoció. A la hora de usar la ironía fina y con gracia, Ernst Lubitsch es el maestro de los otros maestros. Aprovechó su celeberrimo “toque” para componer una serie de películas que permanecen inalterables con el paso del tiempo, y que se pueden ver una y otra vez sin cansarse.

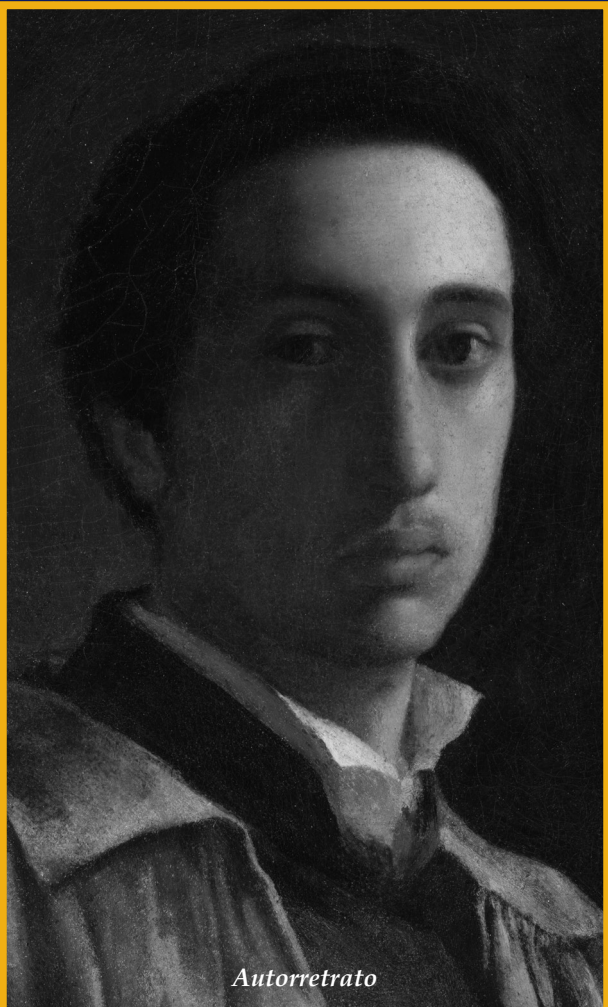
DEGAS

EDGAR DEGAS

París, 1834 - 1917

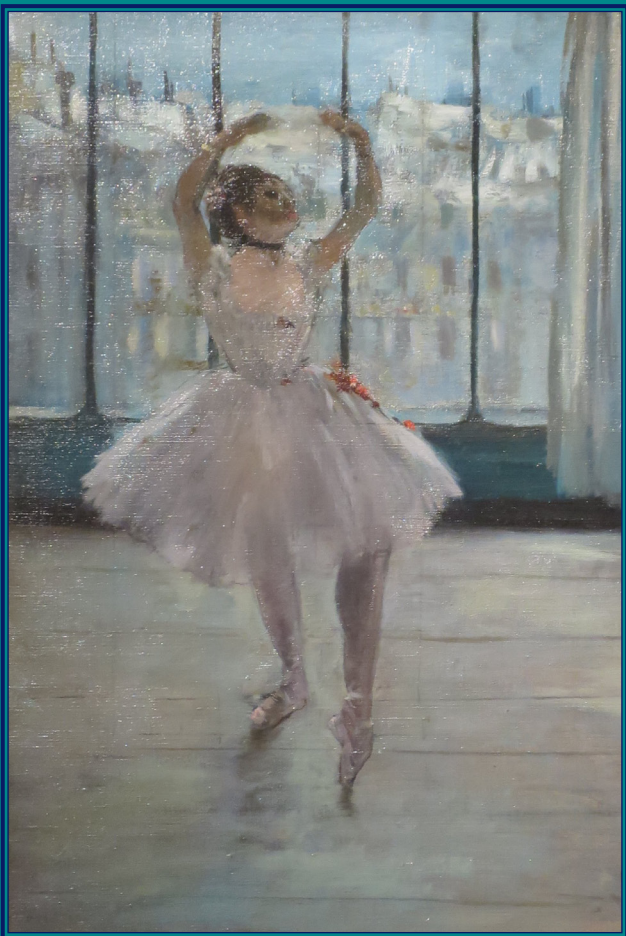
Nació el 19 de julio de 1834 en París. Hijo de un aristocrático banquero, su madre provenía de una familia de rancia tradición de Nueva Orleans, en Estados Unidos. Fue el primogénito de la familia y desde pequeño su padre lo puso en contacto con el arte. En 1845 inicia su bachillerato en el Liceo Louis-le-Grand y lo termina en 1853. Abandonó la Facultad de Derecho para pintar. En 1854 se convierte en alumno de Louis Lamothe, discípulo de Ingres, y asiste en 1855 a la Escuela de Bellas Artes en París. Desde 1865, influenciado por el movimiento impresionista, abandona los temas académicos para dedicarse a una temática contemporánea. Viajará a Italia, lo que será muy importante para su formación. Al contrario de los impresionistas, prefiere el taller y no le atrae el estudio de la luz natural. Su temática es el teatro, cafés, carreras de caballos y las mujeres, en las que se centra gran parte de su obra intentando atrapar las posturas más naturales y espontáneas de sus modelos.

En la década de 1880, empieza a perder visión, y trabaja con dos medios nuevos: la escultura y el pastel. En su escultura, al igual que en su pintura, intentó atrapar la acción del momento. Trabajó con moldes de cera o terracota y en vida no fundió ninguna escultura en bronce. No obstante, en sus últimos años deseó hacerlo e, inclusive, llegó a convenios con reconocidos fundidores de su país. No gozó de gran reputación entre sus contemporáneos y su auténtica dimensión artística no habría de valorarse hasta después de su muerte, acaecida el 27 de septiembre de 1917 en París.



Autorretrato

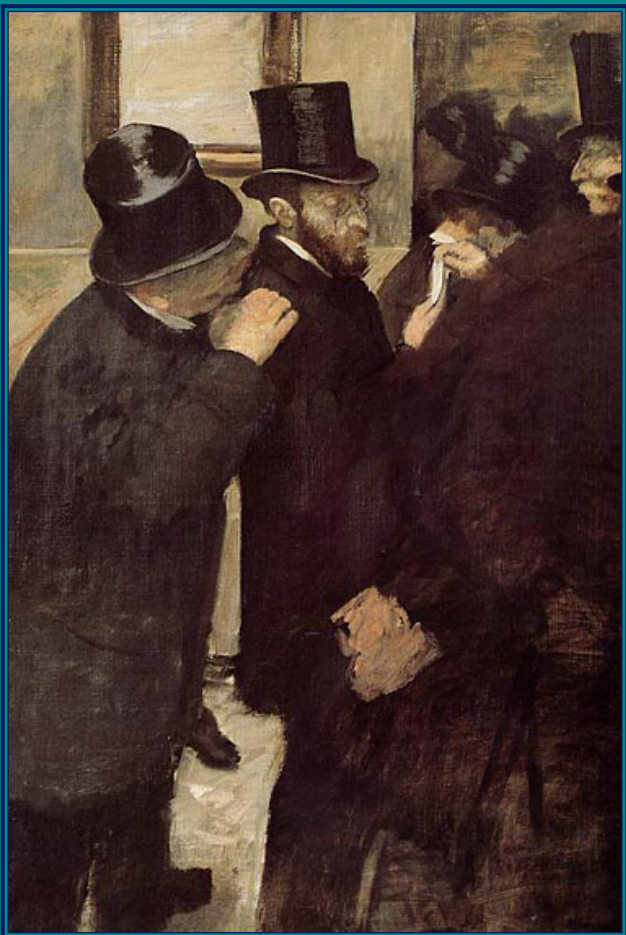
DEGAS



Bailarina posando para el fotógrafo >>

(1875 ~ ÓLEO SOBRE LIENZO, MUSEO PUSHKIN, MOSCÚ)

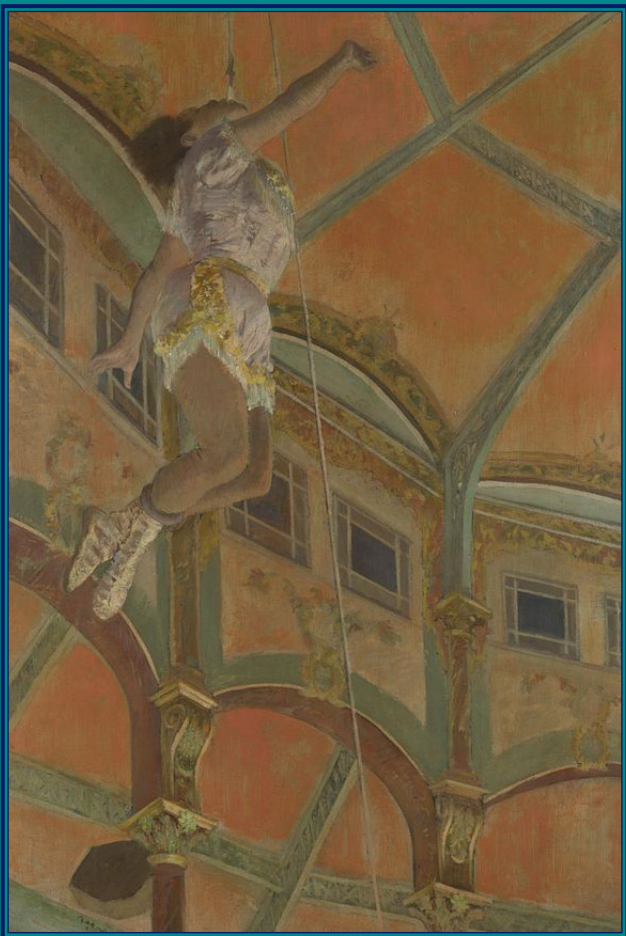
DEGAS



Retratos en la Bolsa >>

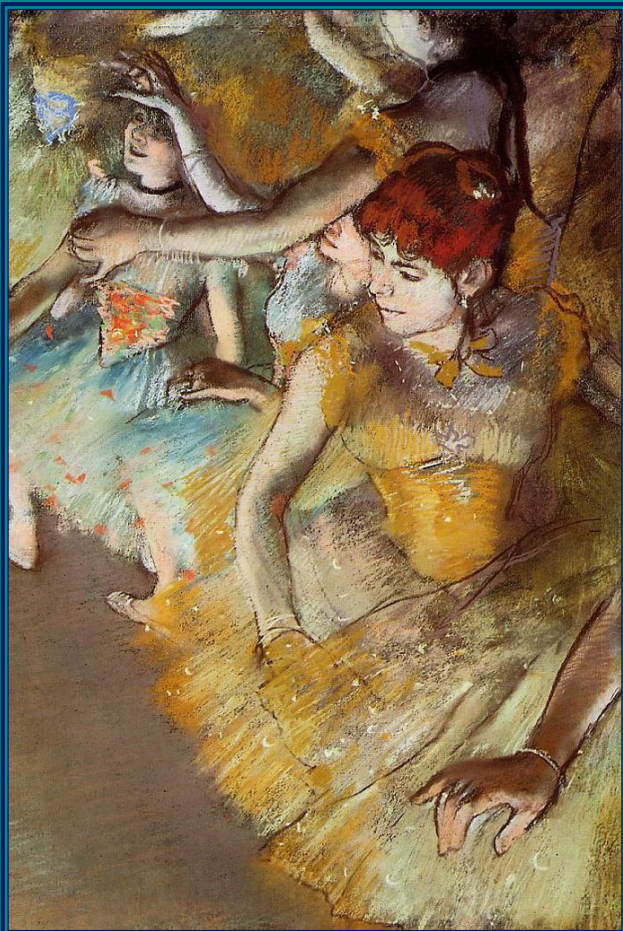
(1878-79 ~ ÓLEO SOBRE LIENZO, MUSEO DE ORSAY, PARÍS)

DEGAS



Miss La La en el Circo Fernando >>
(1879 ~ ÓLEO SOBRE LIENZO, NATIONAL GALLERY, LONDRES)

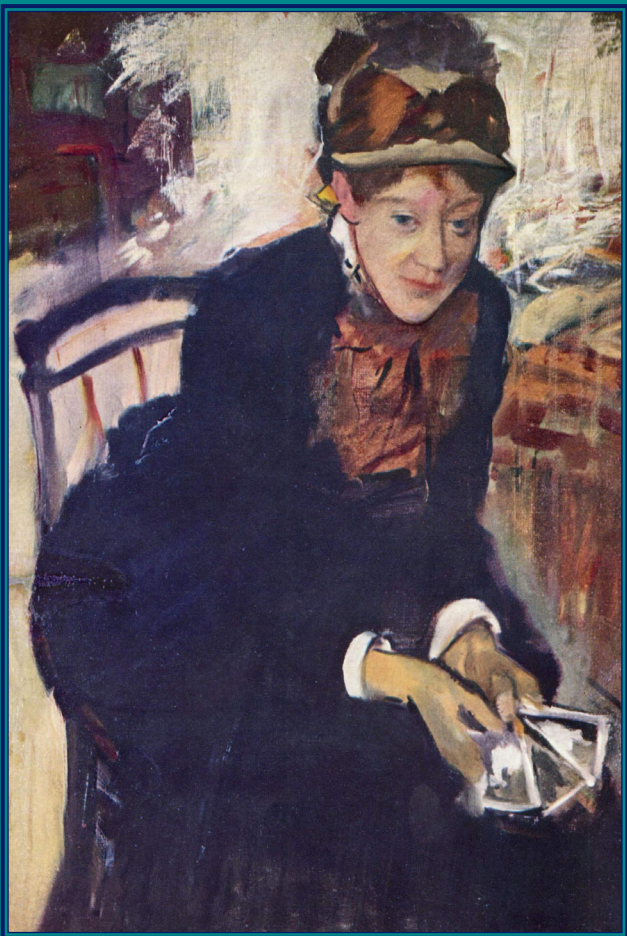
DEGAS



Bailarinas en escena >>

(1883 ~ PASTEL, MUSEUM OF ART, DALLAS)

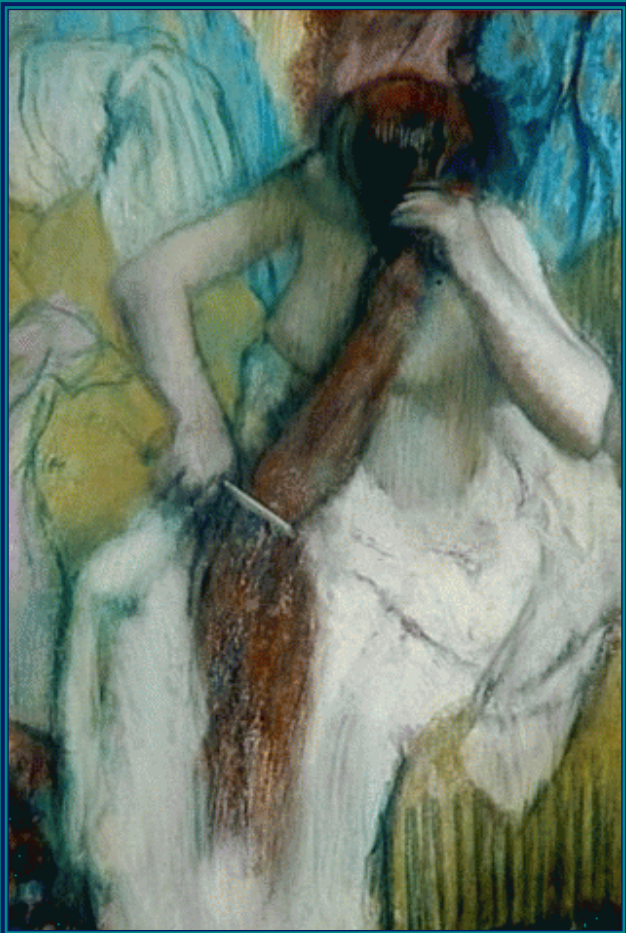
DEGAS



Retrato de Mary Cassatt >>

(1884 ~ ÓLEO SOBRE LIENZO, NAT. GALLERY OF ART, WASHINGTON)

DEGAS



Mujer que se peina el pelo

(1887-90 ~ PASTEL SOBRE PAPEL GRIS, MUSEO DE ORSAY, PARÍS)



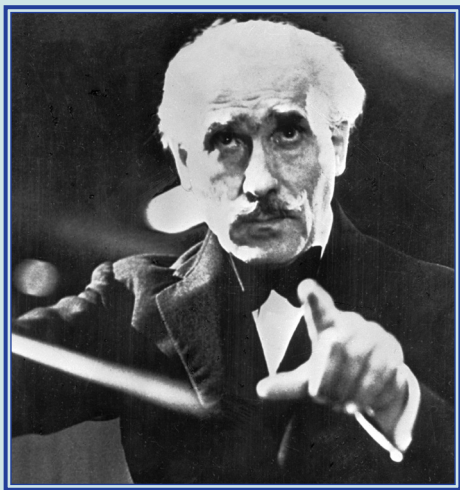
ARTURO TOSCANINI

Parma, 1867 - Nueva York, 1957

Nació el 25 de marzo de 1867 en Parma (Italia). Cursó estudios en los conservatorios de Parma y Milán. Fue violonchelista y asistente del director del coro en una compañía itinerante de ópera italiana. Viajó a Brasil y en 1886, durante la representación de la ópera Aida de Giuseppe Verdi, tuvo la oportunidad de sustituir al director contratado y consiguió un gran éxito por su enérgica forma de dirigir. Considerado por muchos críticos como el más grande director de orquesta. Era célebre por su brillante intensidad, su incansable perfeccionismo, su prodigioso oído y su memoria fotográfica. Entre los años 1898 y 1903 fue director de La Scala de Milán, donde dio a conocer nuevas partituras de los repertorios alemán y francés, además de dedicar especial atención al repertorio sinfónico, algo olvidado hasta entonces.

Durante los tres años siguientes emprendió una gira de conciertos por toda Italia y luego actuó en Buenos Aires, para regresar a La Scala dos temporadas más, antes de trasladarse a Nueva York para dirigir el Metropolitan Opera (1908). Allí siguió apostando, además del repertorio acostumbrado, por las obras líricas de su tiempo, y fueron muchas las óperas que interpretó por vez primera en Estados Unidos, entre ellas La fanciulla del West (1910) o Boris Godunov (1913). Regresó en 1915 a Italia y reanudó sus funciones como director en La Scala (1920), donde le fueron concedidos poderes nunca otorgados hasta entonces, gracias a lo cual





pudo incrementar la orquesta hasta cien intérpretes y formar un coro con ciento veinte voces. En 1929 realizó una gira triunfal por Viena, Berlín y Bayreuth, pero ese mismo año se agravaron sus problemas con el régimen fascista, lo que le llevó a dimitir de su cargo y a trasladarse de nuevo a Estados Unidos, sin renunciar nunca a la ciudadanía italiana.

Fue nombrado director de la Orquesta Sinfónica de Nueva York, formación con la que realizó numerosas giras incluso durante los años de la guerra, con excepción de los países germánicos e Italia. Desde Nueva York, centro de sus últimos veinticinco años de carrera artística, viajó a Europa y América del Sur, y en todas partes fue aclamado siempre como uno de los más grandes directores de su tiempo. Arturo Toscanini falleció el 16 de enero de 1957 en la ciudad de Nueva York.

HEINRICH BÖLL

Colonia, 1917 - Langenbroich, 1985

Nació el 21 de diciembre de 1917 en Colonia (Alemania), hijo de Viktor Böll y María Hermanns. Después de terminar sus estudios secundarios trabajó como vendedor de libros en 1937. El trabajo le duró un año. En los años 30 vivió al margen de los postulados del gobierno de Adolf Hitler, que no compartía, al contrario que su hermano, que terminó uniéndose a las Juventudes Hitlerianas. Fue reclutado para combatir en la Segunda Guerra Mundial y tras ser detenido por los estadounidenses, permaneció en varios campos de prisioneros en Francia y Bélgica. Cuando acabó el conflicto bélico, estudió durante un breve periodo en la Universidad de su ciudad natal y dio inicio a su actividad literaria. En 1942 contrajo matrimonio con Annemarie Cech. La pareja nunca se separó.

Su primera novela, El Tren Llegó Puntual (1949), supuso su primer reconocimiento como autor. Posteriormente triunfó con títulos como ¿Dónde Estabas, Adán? (1951), Y No Dijo Una Palabra (1953), Las Piedras Nuevas (1953), La Casa Sin Amo (1954), El Pan De Los Años Jóvenes (1955), Billar A Las Nueve y Media (1960), Opiniones De Un Payaso (1963), Alejamiento (1964), Retrato De Grupo Con Señora (1971) o El Honor Perdido De Katharina Blum (1974). Su literatura, de corte realista, sentido espiritual y estilo directo, establece una visión irónica y crítica sobre la sociedad germana de la posguerra denunciando temas como el materialismo, el abuso periodístico o el excesivo militarismo. En 1972 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Murió en Colonia el 16 de julio de 1985. Tenía 67 años.

La balanza de los Balek

(1952)

En la tierra de mi abuelo, la mayor parte de la gente vivía de trabajar en las agramaderas^[1]. Desde hacía cinco generaciones, pacientes y alegres generaciones que comían queso de cabra, papas y, de cuando en cuando, algún conejo, respiraban el polvo que desprenden al romperse los tallos del lino y dejaban que éste los fuera matando poco a poco. Por la noche, hilaban y tejían en sus chozas, cantaban y bebían té con menta y eran felices. De día, agramaban el lino con las viejas máquinas, expuestos al polvo y también al calor que desprendían los hornos de secar, sin ningún tipo de protección. En sus chozas había una sola cama, semejante a un armario, reservada a los padres, mientras que los hijos dormían alrededor en bancos. Por la mañana la estancia se llenaba de olor a sopas; los domingos había ganchas, y enrojecían de alegría los rostros de los niños cuando

[1] Agramadera: Máquina que realiza el agramado. Es decir: que maja el cáñamo o el lino para separar la fibra del tallo.

en los días de fiesta extraordinaria el negro café de bellotas se teñía de claro, cada vez más claro, con la leche que la madre vertía sonriendo en sus tazones.

Los padres se iban temprano al trabajo y dejaban a los hijos al cuidado de la casa; ellos barrían, hacían las camas, lavaban los platos y pelaban papas: preciosos y amarillentos frutos cuyas finas mondas tenían que presentar luego para no caer bajo sospecha de despilfarro o ligereza.

Cuando los niños regresaban del colegio debían ir al bosque a recoger setas o hierbas, según la época; asperilla, tomillo, comino y menta, también dedalera, y en verano, cuando habían cosechado el heno de sus miserables prados, recogían amapolas. Las pagaban a un pfennig^[2] o por un kilo pfennig en la ciudad, los boticarios las vendían por veinte pfennigs a las señoras nerviosas. Las setas eran lo más valioso: las pagaban a veinte pfennigs por kilo y en las tiendas de la ciudad se vendían a un marco veinte. En otoño, cuando la humedad hace brotar las setas de la tierra, los niños penetraban en lo más profundo y espeso del bosque, y así cada familia tenía sus rincones donde recoger las setas, sitios cuyo secreto se transmitía de generación en generación. Los bosques y las agramaderas pertenecían a los Balek; en el pueblo de mi abuelo los Balek tenían un castillo, y la esposa del cabeza de familia de cada generación tenía un gabinete junto a la despensa donde se pesaban y pagaban las setas, las hierbas y las amapolas. Sobre

[2] Pfennig: Unidad monetaria alemana, igual a un céntimo de marco.

la mesa de aquel gabinete estaba la gran balanza de los Balek, un antiguo y retorcido artefacto, de bronce dorado, ante el cual habían esperado los abuelos de mi abuelo, con las cestitas de setas y los cucuruchos de amapolas entre sus sucias manos infantiles, mirando ansiosos cuántos pesos tenía que poner la señora Balek en el platillo para que el fiel de la balanza se detuviera exactamente en la raya negra, aquella delgada línea de la justicia que cada año había que trazar de nuevo. La señora Balek después tomaba el libro de lomo de cuero pardo, apuntaba el peso y pagaba el dinero, en pfennigs o en piezas de diez pfennigs y, muy rara vez, de marco. Y cuando mi abuelo era niño allí había un bote de vidrio con caramelos ácidos de los que costaban a marco el kilo, y cuando la señora Balek que en aquella época gobernaba el gabinete se encontraba de buen humor, metía la mano en aquel bote y le daba un caramelo a cada niño, cuyos rostros enrojecían de alegría como cuando su madre, en los días de fiesta extraordinaria, vertía leche en sus tazones, leche que teñía de claro el café, cada vez más claro hasta llegar a ser tan rubio como las trenzas de las niñas.

Una de las leyes que habían impuesto los Balek en el pueblo, era que nadie podía tener una balanza en su casa. Era tan antigua aquella ley que ya a nadie se le ocurría pensar cuándo y por qué había nacido, pero había que respetarla, porque quien no la obedecía era despedido de las agramaderas, y no se le compraban más setas, ni tomillo ni amapolas; y llegaba tan lejos el poder de los Balek que en pueblos vecinos tampoco ha-

HEINRICH BÖLL



bía nadie que le diera trabajo ni nadie que le comprara las hierbas del bosque. Pero desde que los abuelos de mi abuelo eran niños y recogían setas y las entregaban para que fueran a amenizar los asados o los pasteles de la gente rica de Praga, a nadie se le había ocurrido infringir aquella ley: los huevos se podían contar, se sabía cuánto se tenía hilado midiéndolo por varas y, por lo demás, la balanza de los Balek, antigua y de bronce dorado, no daba la impresión de poder engañar; cinco generaciones habían confiado al negro fiel de la balanza lo que con ahínco infantil recogían en el bosque.

Si bien entre aquellas pacíficas gentes había algunos que burlaban la ley, cazadores furtivos que pretendían ganar en una sola noche más de lo que hubieran ganado en un mes de trabajo en la fábrica de lino, a ninguno se le había ocurrido la idea de comprarse una balanza o fabricársela en casa. Mi abuelo fue el primero que tuvo la osadía de verificar la justicia de los Balek que vivían en el castillo, que poseían dos coches, que siempre le pagaban a un muchacho del pueblo los estudios de teología en el seminario de Praga, a cuya casa, cada miércoles, acudía el párroco a jugar al tarot, a los que el comandante del departamento, luciendo el escudo imperial en el coche, visitaba para Año Nuevo, y a los que en 1900 el emperador en persona elevó a la categoría de nobles.

Mi abuelo era laborioso y listo; se internaba más en los bosques que los otros niños de su estirpe, se aventuraba en la espesura donde, según contaba la leyenda, vivía Bilgan, el gigante que guarda el tesoro de los Bal-

derar. Pero mi abuelo no tenía miedo a Bilgan: se metía hasta lo más profundo del bosque y, ya de niño, cobraba un importante botín de setas, e incluso encontraba trufas que la señora Balek valoraba en treinta pfennigs la libra. Todo lo que vendía a los Balek mi abuelo lo apuntaba en el reverso de una hoja de calendario: cada libra de setas, cada gramo de tomillo, y, con su caligrafía infantil, apuntaba al lado lo que le habían pagado por ello; desde sus siete años hasta los doce, dejó inscrito cada pfennig. Y cuando cumplió los doce llegó el año 1900 y, para celebrar que le emperador les había concedido un título, los Balek regalaron a cada familia del pueblo un cuarto de libra de café auténtico del que viene del Brasil; también repartieron tabaco y cerveza a los hombres, y en el castillo se celebró una gran fiesta: la avenida de chopos que va de la verja al castillo estaba atestada de coches.

El día anterior a la fiesta repartieron el café en el gabinete donde hacía casi cien años que estaba instalada la balanza de los Balek, que se llamaban ahora Balek von Bilgan, porque, según contaba la leyenda, Bilgan, el gigante, había vivido en un gran castillo allí donde ahora están los edificios de los Balek.

Mi abuelo muchas veces me había contado que, al salir de la escuela, fue a recoger el café de cuatro familias: los Chech, los Weidler, los Vohla y el suyo propio, el de los Brüchen. Era la tarde de Año Viejo: había que adornar las casas, hacer pasteles, y no se quiso prescindir de cuatro muchachos para enviarlos al castillo a recoger un cuarto de libra de café.

Fue así como mi abuelo fue a sentarse en el banquillo de madera del gabinete, y esperando que Gertrud, la criada, le entregara los paquetes de octavo de kilo, previamente pesados, cuatro bolsas, fue que le dio por mirar la balanza en cuyo platillo izquierdo había quedado la pesa de medio kilo; la señora Balek von Bilgan estaba ocupada con los preparativos de la fiesta. Y cuando Gertrud fue a meter la mano en el bote de vidrio de los caramelos ácidos para darle uno a mi abuelo, vio que estaba vacío: lo llenaba una vez al año y en él cabía un kilo de los de un marco:

Gertrud se echó a reír y dijo:

– Espera, voy a buscar más.

Y, con los cuatro paquetes de octavo de kilo que habían sido empaquetados y precintados en la fábrica, se quedó mi abuelo delante de la balanza en la que alguien había dejado la pesa de medio kilo. Tomó los cuatro paquetitos de café, los puso en el platillo vacío y su corazón empezó a latir precipitadamente cuando vio que el negro indicador de la justicia permanecía a la izquierda de la raya, el platillo con la pesa de medio kilo seguía abajo y el medio kilo de café flotaba a una altura considerable; su corazón latía aún con más fuerza que si, apostado en el bosque, hubiese estado aguardando a Bilgan, el gigante; y buscó en el bolsillo unos guijarros de esos que siempre llevaba para disparar con la honda contra los gorriones que picoteaban entre las coles de su madre... tres, cuatro, cinco guijarros tuvo que poner al lado de los cuatro paquetes de café antes de que el platillo con la pesa de medio

kilo se elevara y el indicador coincidiera, finalmente, con la raya negra. Mi abuelo sacó el café de la balanza, envolvió los cinco guijarros en su pañuelo, y cuando Gertrud regresó con la gran bolsa de a kilo llena de caramelos ácidos que debían durar otro año para provocar el rubor de la alegría en los rostros de los niños, y ruidosamente los metió en el bote, el muchacho permaneció pálido y silencioso como si nada hubiese ocurrido. Pero mi abuelo sólo tomó tres paquetes de café y Gertrud miró asombrada y asustada al pálido muchacho al ver que tiraba el caramelo ácido al suelo, lo pisoteaba y decía:

– Quiero hablar con la señora Balek.

– Querrás decir Balek von Bilgan – replicó Gertrud.

– Está bien, quiero hablar con la señora Balek von Bilgan.

Pero Gertrud se burló de él y mi abuelo volvió de noche al pueblo, dio el café que les correspondía a los Chech, los Weidler y los Vohla, e hizo ver que aún tenía que ir a hablar con el párroco.

Pero se fue con los cinco guijarros envueltos en el pañuelo, camino adelante. Tuvo que ir muy lejos hasta encontrar quien tuviera una balanza, quien pudiera tenerla; en los pueblos de Blaugau y Bernau nadie la tenía, ya sabía eso, los atravesó y luego de caminar dos horas a oscuras llegó a la villa de Dielheim donde vivía el boticario Honig. Salía de casa de Honig el olor a buñuelos recién hechos y cuando Honig abrió la puerta al muchacho aterido de frío, su aliento olía a ponche y llevaba un cigarro húmedo entre los labios. Oprimió un

instante las manos frías del muchacho entre las suyas y dijo:

– ¿Qué sucede? ¿Han empeorado los pulmones de tu padre?

– No, señor, no vengo en busca de medicinas; yo quería...

Mi abuelo abrió el pañuelo, sacó los cinco guijarros, se los mostró a Honig y dijo:

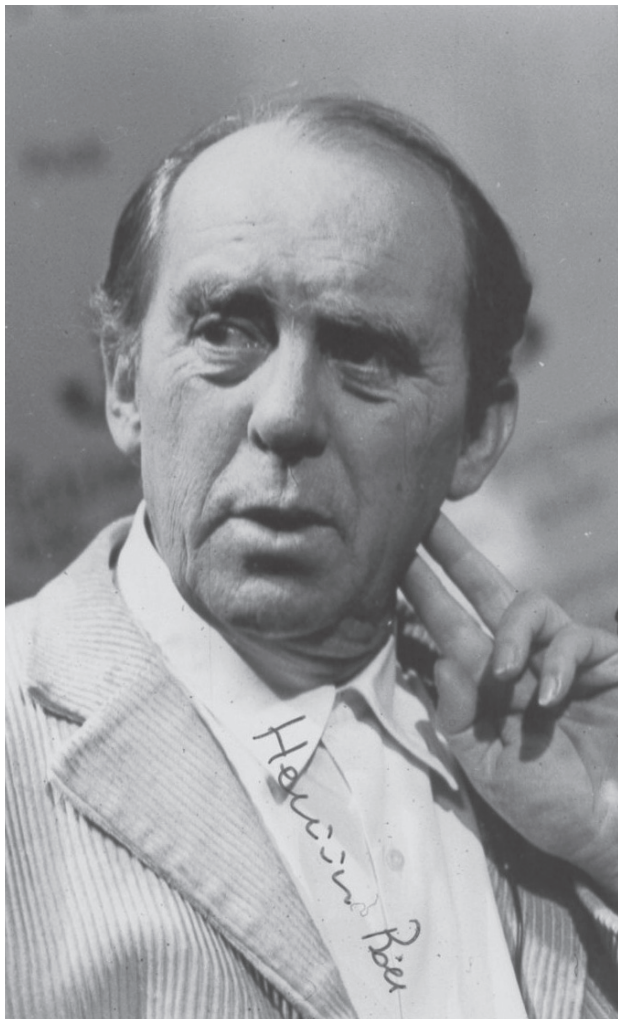
– Querría que me pesara esto.

Miró asustado para ver qué cara ponía Honig, pero como no decía nada, no se enfadaba ni le preguntaba nada, añadió:

– Es lo que le falta a la justicia.

Y al entrar en la casa caliente, se dio cuenta de que llevaba los pies mojados. La nieve había traspasado su viejo calzado, y al cruzar el bosque las ramas le habían sacudido la nieve encima; estaba cansado y tenía hambre, y de repente se echó a llorar porque pensó en la gran cantidad de setas, de hierbas y de flores pesadas con la balanza a la que faltaba el peso de cinco guijarros para la justicia. Y cuando, sacudiendo la cabeza y con los cinco guijarros en la mano, Honig llamó a su mujer, mi abuelo pensó en la generación de sus padres y en la de sus abuelos, en todas aquellos que habían tenido que pesar sus setas y sus flores en aquella balanza, y le embargó algo así como una gran ola de injusticia y se echó a llorar aún más, y se sentó sin que nadie se lo dijera en una silla de la casa de Honig, sin fijarse en los buñuelos ni en la taza de café caliente que le ofrecía la buena y gorda señora Honig, y no cesó de llorar hasta

HEINRICH BÖLL



que el propio Honig volvió de su tienda y, todavía sopesando los guijarros con una mano, decía en voz baja a su mujer:

– Cincuenta y cinco gramos, exactamente.

Mi abuelo anduvo las dos horas de regreso por el bosque, dejó que en su casa lo azotaran, y calló; tampoco contestó cuando le preguntaron por el café; se pasó la noche echando cuentas en el trozo de papel en el cual había apuntado todo lo que entregara a la actual señora Balek von Bilgan y cuando vio la medianoche, cuando se oyeron los disparos de mortero del castillo, el ruido de las carracas y el griterío jubiloso de todo el pueblo, cuando la familia se hubo abrazado y besado, mi abuelo dijo en el silencio que sigue al Año Nuevo:

– Los Balek me deben dieciocho marcos y treinta y dos pfennigs.

Y de nuevo pensó en todos los niños que había en el pueblo, pensó en su hermano Fritz que había recogido muchas setas, en su hermana Ludmilla, pensó en cientos de niños que habían recogido para los Balek setas, hierbas y flores, y no lloró esta vez, sino que contó a sus padres y a sus hermanos lo que había descubierto. Cuando el día de Año Nuevo los Balek von Bilgan concurren a misa mayor con sus nuevas armas – un gigante sentado al pie de un abeto – en su coche ya campeando sobre azul y oro, vieron los duros y pálidos rostros de la gente mirándolos de hito en hito. Habían esperado ver el pueblo lleno de guirnaldas, y que irían por la mañana a cantarles al pie de sus ventanas, y vivas y aclamaciones, pero, cuando ellos pasaron con su

coche, el pueblo estaba como muerto; en la iglesia, los pálidos rostros de la gente se volvieron hacia ellos con expresión enemiga, y cuando el párroco subió al púlpito para decir el sermón, sintió el frío de aquellos rostros hasta entonces tan apacibles y amables, pronunció pesaroso su plática y regresó al altar bañado en sudor. Y cuando, después de la misa, los Balek von Bilgan salieron de la iglesia, pasaron entre dos filas de silenciosos y pálidos rostros. Pero la joven Balek von Bilgan se detuvo delante, junto a los bancos de los niños, buscó la cara de mi abuelo, el pequeño y pálido Franz Brücher y, en la misma iglesia, le preguntó:

– ¿Por qué no llevaste el café a tu madre?

Y mi abuelo se levantó y dijo:

– Porque todavía me debe usted tanto dinero como cuestan cinco kilos de café – y sacando los cinco guijarros del bolsillo, los presentó a la joven dama y añadió:
– Todo esto, cincuenta y cinco gramos, es lo que falta en medio kilo de su justicia.

Y antes de que la señora pudiera decir nada, los hombres y mujeres que había en la iglesia entonaron el canto:

“La Justicia de la tierra, oh, Señor, te dio muerte...”

Mientras los Balek estaban en la iglesia, Wilhelm Vohla, el cazador furtivo, había entrado en el gabinete, habían robado la balanza y aquel libro tan grueso, encuadernado en piel, en el cual estaban anotados todos los kilos de setas, todos los kilos de amapolas, todo lo que los Balek habían comprado en el pueblo. Y toda la tarde del día de Año Nuevo, estuvieron los hombres del pue-

blo en casa de mis abuelos contando; contaron la décima parte de todo lo que les habían comprado... pero cuando habían ya contado muchos miles de marcos y aún no terminaban, llegaron los gendarmes del comandante del distrito e irrumpieron en la choza de mi abuelo disparando y empuñado las bayonetas y, a la fuerza, se llevaron la balanza y el libro. En la refriega murió la pequeña Ludmilla, hermana de mi abuelo, resultaron heridos un par de hombres y fue agredido uno de los gendarmes por Wilhem Vohla, el cazador furtivo.

No sólo se sublevó nuestro pueblo, sino también Blaugau y Bernau, y durante casi una semana se interrumpió el trabajo de las agramaderas. Pero llegaron muchos gendarmes y amenazaron a hombres y mujeres con meterlos en la cárcel, y los Balek obligaron al párroco a que exhibiera públicamente la balanza en la escuela y demostrara que el fiel de la justicia estaba bien equilibrado. Y hombres y mujeres volvieron a las agramaderas, pero nadie fue a la escuela a ver al párroco. Estuvo allí solo, indefenso y triste con sus pesas, la balanza y las bolsas de café.

Y los niños volvieron a recoger setas, tomillo, flores y dedaleras, mas cada domingo, en cuanto los Balek entraban a la iglesia, se entonaba el canto "La Justicia de la tierra, oh señor, te dio muerte", hasta que el comandante del distrito ordenó hacer un pregón en todos los pueblos diciendo que quedaba prohibido aquel himno. Los padres de mi abuelo tuvieron que abandonar el pueblo y la reciente tumba de su hijita; emprendieron el oficio de cesteros, no se detenían mucho tiempo en

HEINRICH BÖLL

ningún lugar, porque les apenaba ver que en todas partes latía mal el péndulo de la justicia. Andaban tras el carro que avanzaba lentamente por las carreteras, arrastrando una cabra flaca; y quien pasara cerca del carro a veces podía oír que dentro cantaban: “La Justicia de la tierra, oh Señor, te dio muerte”. Y quien parara a escucharlos también podía oír la historia de los Balek von Bilgan, a cuya justicia faltaba la décima parte. Pero casi nadie escuchaba.

Heinrich Böll





www.goldenbookhotels.it



© 2016 NIKE EDIZIONI

All rights reserved.
No part of this eBook may be reproduced.